

Misionero en la Araucanía

EL PADRE SIGFREDO DE RAUENHAUESL

por Fray Fco. J. de S. Miguel O.M. Cap.
(Maximiano Valdés Subercaseaux)

No es tarea fácil para los que miramos la partida de nuestros semejantes el saber calcular el valor meritorio de su vida ante Dios y ante los hombres. Pero hay indicios inequívocos que marcan el resultado en aquello de San Juan de la Cruz: "A la tarde te examinarán en el amor". Y aunque "una ancianidad venerable no se avalúa por el número de años" según dice el Sabio, no dejarán de multiplicarse con ellos los méritos de los justos. Ciertamente no haría justicia quien tratase de avaluar una existencia por el número y el brillo de las acciones exteriores, ilustradoras de una actividad productora, resultante de múltiples factores distribuidos por quien "da todo don perfecto" y "dispone todas las cosas con fuerza y suavidad con la palabra de su virtud".

Uno es el mérito de la acción política nacido de la generosidad en el servicio de la cosa pública; y otro el de la ciencia que busca la Verdad sin mezcla de interés. ("Ciencia adquirida hace mortal herida en el alma que no está toda de amor vestida", dejó escrito el poeta franciscano Giaccopone da Todi.) Los méritos indiscutibles del apostolado en todas sus formas serán medidos por la perfección de la caridad que los promueve. Méritos desconocidos adquirirá el penitente contemplativo que en su choza o en su celda corresponde al llamado interior en el despojamiento de lo temporal para el desposorio espiritual en que se participa la Pasión de Cristo. Como desconocido queda para el gran mundo el mérito abnegado del misionero que entrega su vida en la lejanía a los bárbaros y rudos de sentimiento, para redimir sus cuerpos y sus almas.

Tal es la vida del Padre Sigfredo que acaba de extinguirse a los 86 años de edad, de los cuales 58 habían sido dedicados con generosidad nunca des-

mentida a las misiones de Araucanía.

Su figura pequeña y su aspecto apacible nada tiene que ver con cuanto de wagneriano inspira su nombre nórdico. La paciencia, la constancia y una bondad inalterable, unidas a la sencillez franciscana y al celo infatigable, habían de hacer de él un modelo acabado de misionero.

Llega a Chile con la segunda expedición de capuchinos bávaros en 1896, recién ordenado sacerdote, cuando partir desde Europa a las misiones de Sud América era aventura religiosa que requería no poca dosis de idealismo. Mantenerse idealista en el terreno misional después de empeñadas las primeras fatigas, sufridos los primeros fracasos y pasados los primeros fervores denota temple recio. Pero conservar intacta la espiritualidad después de 50 años de trabajos rudos en esta obra que más parece cantera que viña del Señor, es característica exclusiva de legítimo apóstol de Jesucristo.

Así resulta comprensible que ante hombres como éste (y sus compañeros y hermanos de Orden Constancio de Trisobbio, Octaviano de Niza, Tadeo de Wisent, Félix de Augusta, Maimerto de Waging y otros) fueron superadas tanto las dificultades materiales como los espíritus adversos. Y que gracias a ellos allí donde reinaba la barbarie hace apenas 50 años, a pesar de una colonización surgida casi únicamente de la ambición y la codicia, importadora de materialismo malsano, exista y prospere la cultura cristiana.

Destinado primero a la región de Río Bueno aprende luego a entregarse todo para todos, y a probar lo que esto significa en campos araucanos: recorrer reducciones en jornadas agotadoras a lomo de caballo; detenerse

y alojar en rucas o a la intemperie durante días y semanas; mojarse bajo lluvias interminables hasta alcanzar la choza donde algún enfermo ha pedido auxilio; dormir sobre lamas con la montura por almohada, envuelto en el poncho y comer habas sancochadas digeridas con mate amargo; exponer a cada momento la vida vadeando torrentes cordilleranos y cruzando en frágiles canoas inmensos lagos encrespados por el huracán.

Trasladado a San José de Mariquina le fué encomendada la nueva fundación de la misión de Villarrica, donde una pequeña población comenzaba a formarse alrededor del fortín de la pacificación en medio de la selva que cubría el emplazamiento de la Villarrica colonial, desaparecida desde 300 años. Las dificultades de esta obra como las penurias de los tres capuchinos acampados en Villarrica mientras duraba la construcción de la misión quedaron narradas en las crónicas del Padre Burcardo, que trae detalles interesantes: la choza, de una pieza, era dormitorio, cocina y capilla; para celebrar Misa no había más que una batea que servía de altar; mientras los dos legos carpintereaban el Padre Sigfredo servía de cocinero. Y cuando el Padre contrajo la peste por andar día y noche junto a los enfermos el Prefecto Padre Alejo al recibir esta noticia dicen que exclamó: "Demasiado valiente el cholo". El Hermano Elzeario agotado murió luego después, y el Hermano Servo se ahogó en el lago. Pero el nombre del Padre Sigfredo había de quedar para siempre ligado a Panguipulli, la "tierra de los leones", el campo de su apostolado por 50 años.

Ya en 1846 el Intendente de Valdivia, don Salvador Sanfuentes había pretendido la fundación de una misión para esta región de difícil acceso y poblada muy densamente de araucanos sumamente rebeldes. El Padre Burcardo, primer Prefecto Bávaro de las misiones, reconociendo la necesidad de esta fundación designó para ella al Padre Sigfredo, buena pasta de fundador.

"El que no ha visto esta región no podrá formarse una idea cabal de las bellezas que encierra — escribe el Padre Sigfredo, amante de la naturaleza como buen franciscano.— La vista jamás se cansa de mirarlas ni el entendimiento de considerar su grandeza, ni el corazón de gozar el deleite que expiran por todas partes el lago y las florestas. Con admirable tacto han escogido los araucanos sus reducciones, formadas por rucas diseminadas al azar en un fundo grande que siempre tiene límites naturales, como barrancos, ríos o esteros. Las distintas familias de la reducción son de ordinario parientes entre sí. La de los Aillapán, por ejemplo, cuenta con más de 700 almas, y son de un tipo especial por tener sangre española. Otras familias famosas son los Cratiñir, los Huenuñir, Lloncón, Catrilef, etc."

Bien pudo cerciorarse el nuevo misionero que no se trataba ya solamente de fundar y construir para evangelizar el Reino de Dios entre los indígenas. Una lucha mucho más ardua que la emprendida contra la superstición pagana había de gastar sus jóvenes energías ante la nueva situación creada por la colonización. En esta lucha el Padre Sigfredo había de llegar a ser uno de esos héroes ignotos, cuyo nombre sólo habrían de recordar los pobres e ignorantes favorecidos, librados de la prepotencia arrolladora de la ambición. Y aquí la figura del fraile de cuerda y sayal trae involuntariamente a la memoria la escena de Francisco de Asís ante el lobo de Gubbio.

Desde la ocupación militar de la Araucanía en 1883, comenzaron a internarse en ella chilenos y extranjeros al margen de toda ley, a la sombra de las fuerzas armadas prontas para sofocar cualquier levantamiento indígena. Por lo que el problema de la ocupación de las tierras llegó a ser la preocupación dominante en estas provincias, dando margen a las famosas leyes sobre la propiedad austral.

El Gobierno, que había sujetado los araucanos a su dominio no hizo desde el principio lo suficiente para defen-

der sus tierras ante la codicia colonizadora. Mientras los audaces extendían sus manos para apoderarse de inmensas y ricas regiones, los poderes públicos miraban los abusos sin intervenir. Las leyes prohibitivas sobre compras de tierras surtieron, cuando más, efectos contraproducentes, pues los indios, con el afán de tener títulos e inscribirlos, comerciaban con sus terrenos entre sí o con extraños viéndose cada día más funestamente defraudados. En ninguna parte fué tan violenta esta crisis como en la comarca de Panguipulli.

Entonces se convirtió la Misión en defensora de los indios, aunque hubiera de atraerse con ello el odio de los potentados. Por centenares acudieron los mapuches a su protector el Padre Sigfredo con interminables quejas contra el huinca. El día y la noche no le bastaban al Misionero para escucharlas, tomar nota, despachar correspondencia y acudir personalmente a solucionar conflictos. Artículos en los diarios y solicitudes a los ministerios habían de llevar su nombre en demanda de justicia para el indígena despojado. Y no fué raro ver la figura del capuchino por las calles de Temuco y Valdivia y hasta en la Capital acompañando a algún protegido en sus tramitaciones.

Se cuenta que uno de aquellos tratenientes que hubo de estrellarse con la inflexibilidad del misionero, por odio puso a su perro el nombre de Sigfredo, y de otro que lo calumnió vilmente, y que después de 25 años de remordimiento se presentó a la Misión de Panguipulli para pedir perdón al Padre. Al abrirle éste la puerta y al ver al visitante caer de rodillas, se arrodilló igualmente y tomando a su calumniador, entre las manos mezclaron ambos sus lágrimas en un abrazo fraternal.

Ciertamente que para cristianizar la Araucanía habría podido desearse algo parecido al poder económico, industrial y militar empleado en las misiones jesuítas del Paraguay, en defensa de los naturales para establecer

entre ellos el Reino de Dios. Pero la pobreza de recursos materiales habría de ser siempre fiel compañera de los hijos de San Francisco en sus misionos.

La misión de Panguipulli se desarrolló, sin embargo, rápidamente pudiendo ver surgir el misionero uno tras otro el colegio, la iglesia, los talleres y las dependencias, donde comenzaron a albergarse anualmente las generaciones nuevas que habían de regenerar la raza indígena. En sus jiras misionales recorrió centenares de veces los valles, las montañas y los lagos de su territorio, fundando en todas partes nuevos centros como bases de evangelización. Hasta el lejano rincón de Coñaripe ("camino de los guerreros") al oriente del gran lago Calafquén se internaba periódicamente, alcanzando a fundar en 1910 aquella difícil misión entre los indios más alzados de la Araucanía.

Los reveses que se turnaron como impulsados por el huecufu ("mal espíritu", en mapuche) no lograron desalentarlo. El fuego destruyó en 1913 el gran colegio de niñas que el Padre había fundado con las donaciones de la sra. Isabel Correa de Irrarázaval. Logró reedificarlo con nuevos empeños y sacrificios, más grande y cómodo que el anterior. Y la aciaga noche del 12 de Marzo de 1945 de nuevo fué puesta a prueba la paciencia ya bien probada del viejo misionero: manos intencionales pusieron fuego al edificio y en pocas horas las llamas devoraron íntegramente la hermosa iglesia, el colegio, la casa misional y los talleres de Panguipulli. Lo mismo que 40 años atrás, pero ayudado ahora por un joven misionero se recomenzó la obra constructiva, con la ventaja del prestigio inmenso que rodeaba la figura del capuchino de encorvadas espaldas.

Como se visita las reliquias de un santuario acudían los nuevos misioneros a Panguipulli para ver al Padre Sigfredo, y quien escribe estas líneas no podrá olvidarse de la acogida exquisitamente amable del Padre vieji-

to en el estrecho refectorio de madera oscurecida de la antigua misión, donde se lee y se estudia en las noches de invierno, y donde el Padre narraba algunos chascarros de sus 50 años de misionero.

Los últimos tres años de su vida las fuerzas le faltaron, y casi ciego hubo de dejarse trasladar, de mala gana, al sanatorio de San José. Allí se turnaban los feligreses de Panguipulli visitando periódicamente al venerado patriarca, quien se enternecía hasta las lágrimas al recibirlos. Igualmente cuando algún otro misionero llegaba a saludarlo y a pedirle su bendición, el anciano octogenario se arrodillaba luego entre lágrimas en demanda de la bendición sacerdotal.

La bienaventuranza prometida a los limpios de corazón, a los que han hambre y sed de justicia, y a los que lloran, vino por fin a sellar serenamente esta existencia terrenal.

El obrero infatigable, rodeado por

varios de sus hermanos de Orden espera postrado y consumido por el trabajo de 60 años, el merecido descanso. De improviso se yergue un tanto y fija su mirada con visible atención hacia un punto determinado, al mismo tiempo que una marcada sonrisa dibujan sus labios. Después de permanecer varios minutos en esta posición casi extática, que emocionó hondamente a los circunstantes, cesó para el Padre Sigfredo la ceguera de los ojos y comenzó para su espíritu la visión colmada de su esperanza y el goce de su galardón.

Sus restos, trasladados a Panguipulli, fueron allí recibidos con las honras que sólo se tributan a los que han conquistado el corazón de un pueblo. Desde las más remotas regiones de la la cordillera acudieron mapuches y colonos, grandes y pequeños a rendir su cálido homenaje de reconocimiento al misionero de la Iglesia, al padre de las almas, al patriarca de Panguipulli.